## CAPITULO III

### LA SUERTE SE DIBUJA EN EL HORIZONTE

LAFRITA comenzaba a sentirse preocupado.

Había ido a las carreras del hipódromo de Auteuil por aburrimiento, pues su situación pecuniaria le ordenaba la abstinencia desde el punto de vista de los placeres y la abstención desde el punto de vista de las apuestas.

Los negocios estaban paralizados: faltaban asesinos en el mercado y los sátiros estaban en huelga. No se vislumbraba en el horizonte el menor reportaje. Además, el señor Bidasse le guardaba rencor por su intervención en el asunto de Maisons. Lafrita, había demostrado una condenable iniciativa y una presunción que el señor Bidasse juzgaba extravagante, consiguiendo por un momento substituir su personalidad a la del jefe que le empleaba.

Lafrita creyó poder volar con sus propias alas. Habiendo conseguido, gracias a su sagacidad, ser el primero en llevar a su periódico la solución

de un enigma, mientras la justicia y el público andaban desorientados, estaba persuadido que el director de un gran diario le sacaría de la obscuridad en que vivía bajo las órdenes del señor Bidasse y que, por fin, podría colaborar en una sección independiente que revelaría sus cualidades de periodista.

Pero no ocurrió nada de esto.

El director del gran diario era exclusivamente un buen comerciante y la mercancía que tan abundantemente le daba el señor Bidasse convenía muy bien a la clientela del periódico. Así, pues, se limitó a decir a Lafrita al día siguiente de su éxito:

—Muy bien, joven. Veo que comienza a aprovechar las lecciones de su jefe. Tal vez a fin de año podamos darle un aumento de sueldo, si el señor Bidasse sigue contento de usted.

El señor Bidasse, a partir de aquel momento precisamente, comenzó a afectar un desprecio irónico hacia Lafrita, llamándole «ese pobre Lafrita».

—Yo enviaría ese pobre Lafrita a Saint Denis, donde un padre de familia se ha suicidado después de matar a sus cinco hijos; pero es un reportaje demasiado difícil para ese pobre Lafrita, que no sabrá recoger detalles horribles.

O bien:

—Yo quisiera confiar a Lafrita la redacción del asesinato perpetrado en Grenelles; pero ese pobre muchacho jamás será capaz de escribir veinte líneas de una manera interesante.



De suerte que el pobre Lafrita, que no tenía un sueldo fijo, que carecía de rentas y que vivía del precio de lo que escribía a seis céntimos línea, se encontraba amenazado de morir de hambre por poco que el señor Bidasse acentuara su desprecio.

Lafrita había ido, pues, a Auteuil porque no tenía nada que hacer, y cometió la imprudencia de llevar consigo su último billete de cincuenta francos.

El repórter se había dicho:

—No hay cuidado que juegue; sería una torpeza perder el dinero en las carreras cuando no estoy seguro de poder pagar el alquiler de mi cuarto dentro de quince días.

Pero todos sabemos lo que valen estos buenos propósitos. Cuanto menos dinero se tiene, más se necesita; cuanto más se necesita, más deseos se tiene de ganar una buena carrera, la buena carrera que nos sacará de la miseria como por encanto.

Y cuanto más ganas se tiene de ganar una carrera, más persuadidos estamos de que la ganaremos.

En tal caso, basta que un caballo se cotice a 30 contra 1, para que veamos el premio en nuestro bolsillo.

Porque uno se dice:

—Toda mi vida lamentaría no haber aprovechado una ocasión como ésta.

Y, a pesar de sí mismo, se dirige uno a las taquillas.

Esto es lo que hizo Lafrita, aunque resistió cuanto pudo, hasta que sonó la campana para el comienzo de la primera carrera.

En aquel momento pensó que muy bien podía cambiar el billete de cincuenta francos por piezas de oro, pues esto no le comprometía a nada.

Se dirigió a la taquilla de cambio, donde le dieron dos luises y dos piezas de cinco francos. En aquella época todavía no había desaparecido el oro de la circulación.

Entonces se paseó con aire indiferente por delante de las taquillas de apuestas.

—Sí que es extraño—observó—, nadie apuesta al 7...; montado por Parfrement, tiene, sin embargo, grandes probabilidades... ¡Qué tontos son los jugadores! Si yo fuera rico le jugaría sin vacilar... Pero dada mi situación, no puedo apostar un céntimo... Sería tonto exponerme a perder... etcétera, etcétera.

Veinte segundos después Lafrita tenía en su bolsillo una pieza de cinco francos de menos... y en su lugar un precioso *ticket* que dentro de unos minutos valdría por lo menos cincuenta francos.

Tres minutos más tarde el caballo sobre el cual había apostado Lafrita caía por tierra al llegar al primer obstáculo.

—Ahora voy a ser razonable—se dijo el repórter—. La segunda carrera voy a jugar al favorito colocado; no es posible que se quede atrás; si no llega el primero, llegará el segundo en el peor de



los casos. Y como siempre pagará diez francos, recobraré los cinco perdidos y me iré.

Este admirable razonamiento no fué confirmado por los hechos, pues el favorito en cuestión llegó el último sin que el curso de la carrera permitiera concebir la menor esperanza. Lafrita pensó inmediatamente que habían hecho trampa y, como sucede siempre que un favorito llega el último, no fué él el único que pensó lo mismo.

Lafrita no dejó el hipódromo, claro está; pero los dos luises, siguiendo la vía abierta por las dos piezas de cinco francos, salieron de su bolsillo para ir al saco del cobrador de apuestas y de allí hacia destinos un tanto obscuros.

A la cuarta carrera el periodista se había quedado sin un céntimo.

—Qué animal soy—se dijo, y tenía en la boca ese gusto de ceniza que dejan los placeres, y del cual habla la Escritura—. Cuando pienso que ni siquiera he sabido guardar cincuenta céntimos para comprarme tabaco. Esto es lo que más me va a faltar.

Como contestación irónica a la lamentación de Lafrita, gritó una voz:

—¡Cigarrillos y cerillas! ¿Pero fuman ustedes o no? ¡Si no fuman no ganarán!

El periodista se estremeció, pues le pareció reconocer a la vez aquella voz y aquel estilo oratorio...; pronto supo a qué atenerse, pues el vendedor de tabaco estaba delante de él.

—¡Bicard!— exclamó el periodista.

—¡Pero fumen ustedes!—repetía *Buif* con energía—. ¿No quiere usted colillas, señor Lafrita?

—Ya lo creo que sí – contestó Lafrita con toda naturalidad, pues son cosas que se confiesan sin vergüenza entre aficionados a las carreras—. Pero estoy sin blanca, amigo mío. No me queda ni un céntimo.

—Eso le ocurre a cualquiera, incluso a gentes «bien»—dijo *Buif*—. En primer lugar, para quedarse sin blanca hay que haber tenido antes «pasta». En cuanto a las colillas, puede usted escoger y ya me pagará otro día.

—Es que... otro día no estoy seguro de ser más rico que hoy.

—No importa... Escoja... Me parece que, de todas maneras, soy yo quien está en deuda con usted. ¡Cuántas veces le he vendido martingalas que no valieron nada, en los tiempos en que yo comerciaba en ellas!

La conciencia de Lafrita quedó tranquila con esta leal confesión y escogió modestamente un paquete de tabaco ordinario.

Luego preguntó a *Buif:*

—¿Cómo es que ya no vendes martingalas?

—¡Todo un drama! Desde que me encerraron en *girona* por haber cortado en pedazos a Simons... Y, a propósito, hay días en que siento no haberlo hecho, pues ahora—no sé si está usted enterado—monta como *jockey* de obstáculos y lo hace tan



mal que siempre hace perder a los jugadores, ¡y a mí el primero! ¿Qué decía yo?... Ah, sí; desde el día en que me metieron en la sombra (¡cómo pasa el tiempo, hace ya tres semanas!) he perdido a toda mi clientela... No crea que ha sido porque me encerraran, no, pues esto le ocurre incluso a gentes muy honorables, que han ido a la cárcel y no por eso se encuentran peor... además de que el haber estado en la cárcel no quita ningún valor a mis martingalas, ¿no le parece?... Lo que me ha hecho un mal enorme son los cuentos de los periódicos sobre mi comercio de martingalas...

—Pero han reconocido...

—Han reconocido que yo no había matado a nadie, eso sí; pero durante ocho días no se han cansado de repetir que mis martingalas eran puros camelos; que yo jamás había entrado en las cuadras de entrenamiento, como yo aseguraba a los *primos* de la *pelouse;* todos los entrenadores han sido interrogados y todos han dicho lo mismo: «No conocemos a ese hombre.» Lo curioso es que es verdad. Ni siquiera he podido acercarme jamás a uno de ellos... ni aun para saludarle. Pero en el comercio hay que saber engañar al público... ¿Se ha ocupado usted alguna vez de negocios?

—No, nunca.

—¡Ah!, pues yo le voy a enseñar. Si se dedica usted al comercio de martingalas y no asegura a los clientes que los secretos que usted posee le vienen directamente de los entrenadores, que us-

ted almuerza con los Carter, cena con los Cunnigton y duerme en casa de los Bartholomeff, entonces—¡soy yo quien se lo afirma!—no venderá ni una martingala, aunque sea usted el propio ministro de la Agricultura en persona... ¡Haga la prueba y verá!

—Me basta tu palabra.

—Además, usted compra martingalas y lo sabe lo mismo que yo... Le decía, pues, que los entrenadores me habían renegado en toda la prensa y que esto había hundido mi comercio... Cuando me acuerdo me arrepiento de no haber doblado la dosis.

—¿Qué dosis?

—La de mamporros que propiné a ese cerdo del señor Lecoq el día que fuí a visitarle... En fin, tal vez se presente otra ocasión... Y por eso me he tenido que poner a vender tabaco.

—Debe ser bueno el negocio...

—No es malo, pero no tiene comparación con el de la venta de martingalas, pues el tabaco que vendo he tenido que empezar por comprarlo, mientras que las martingalas...

—Mientras que las martingalas no te costaban nada. Todo era beneficio.

—Lo ha comprendido usted en seguida—dijo *Buif* con admiración—. Además, para establecerme necesitaba un capital inicial... Afortunadamente que el barón de Ripolin, cuando heredó de su suegro, el señor de Lestrivière, pensó en mí y se dijo:



«Ese pobre diablo ha estado en la cárcel; es casi un mártir. Ha dormido en la paja húmeda de los calabozos por un crimen que otro ha cometido y cuya víctima ni siquiera es la que se creía.» Y entonces me regaló quinientos francos.

—No está mal.

—Es lo menos que podía hacer. En suma, el tiempo que pasé en la cárcel de Versalles me impidió ganar tres buenas carreras, una de las cuales pagó a noventa y dos francos. Pero no me quejo. Lo que me duele un poco es que me he visto obligado a trasladarme. Sí, he dejado Maisons Laffitte para venir a París.

—¿Y en París no hay tanta caza, verdad?—dijo Lafrita riendo.

*Buif* se quedó sorprendido.

—¿Quién diablos le ha dicho a usted...? Ni siquiera al juez le dije nada.

—Está tranquilo, que no diré nada a nadie... Pero hablemos seriamente. Tenía deseos de encontrarte. ¿Es que ese crimen de Maisons Laffitte no te da que pensar?

*Buif* se puso serio.

—Hay cosas en este asunto que no me parecen claras. Pienso en él con frecuencia y muchas noches me quita el sueño... ¿Cómo es que todavía no han encontrado al asesino?... Yo busco... busco... y...

—¿Y...?—preguntó Lafrita con ansiedad.

—Y acabo por dormirme.

Lafrita le miró atentamente preguntándose si podía tener confianza en Bicard.

—Bicard—acabó por decir—, ¿sabes que el señor de Ripolin, yerno de la víctima, ofrece un premio de veinte mil francos a quien descubra al asesino?

—¿Dinero para los guindillas?—dijo *Buif* con desprecio—. Su oficio es detener a las personas.

—No, no—respondió Lafrita—. El oficio de la policía es, como tú dices, detener a los malhechores que corren a arrojarse en brazos de ella o que denuncian los soplones... Pero la policía, por el hecho mismo de ser burocrática y trabajar rutinariamente, como los oficinistas, jamás llegará a descubrir con sus viejos métodos un asesino hábil que haya puesto en su oficio cualidades de ingenio e imaginación.

—No comprendo bien—dijo *Buif*.

—Vas a comprenderlo. En un *steeple* de cuarta serie, en *todos* los *steeple* de cuarta serie, los caballos *hacen siempre* el mismo recorrido. Y lo mismo en la tercera, en la segunda, en la primera serie.

—¡Sí!

—Pues bien; cuando se comete un crimen, la policía sigue un determinado número de pistas invariable y limitado, y de diez veces, nueve, el asesino se encuentra en estos recorridos determinados... Pero supón que un asesino hábil se coloque «fuera» de las pistas, y por más que la policía



busque y siga estos recorridos hasta la consumación de los siglos, nunca encontrará al criminal.

—¡Claro!... Ahora comprendo... Entonces, en esas condiciones, el asesino de Maisons jamás será detenido... Bueno, mejor para él... ¡Tabaco y cigarrillos! ¡Cerillas!

—Espera un poco. Yo decía que la policía no encontrará nunca al asesino, pero otros pueden descubrirlo, otros que pusieran en sus indagaciones algo más de imaginación y, sobre todo, que tuvieran un interés directo en la captura del criminal.

—¿Qué interés?

—Pues el de cobrar el premio de veinte mil francos.

*Buif* miró a Lafrita con admiración.

—Estoy seguro de que algo trama usted.

—No se te puede ocultar nada, amigo mío. Hasta tengo una porción de indicios; pero tú podrías serme muy útil por los conocimientos que tiene de las gentes de Maisons... ¿Quiere que nos asociemos? Si descubrimos al criminal partimos los veinte mil francos.

—¡Chóquela!—dijo *Buif*, alegre—. ¡Qué juerga nos íbamos a correr! ¿Iríamos al peso, eh?

Lafrita aún no trataba el asunto desde este punto de vista, y, a decir verdad, la solución del problema le apasionaba más que el provecho que de él podía sacar.

—Lo que me desorienta un poco es que el asunto me parece demasiado sencillo—dijo Lafrita.

—¿Cree usted que es tan sencillo?

—Sí; las pesquisas están limitadas a un círculo tan estrecho, tan estrecho, que la impunidad actual del criminal, aun teniendo en cuenta los procedimientos rudimentarios de la policía, parece inverosímil... En primer lugar, es evidente que el asesino vive en Maisons-Laffitte. Sobre este punto no hay duda.

—Eso no es más que una suposición de usted. Yo creo que un apache de paso pudo dar el golpe y escapar con la cartera y el reloj...

—Eso es... Y luego volvió, tres días después, para colgar de un árbol el cadáver despedazado. No; sabemos que el conde de Lestrivière fué asesinado en Maisons-Laffitte; vino a divertirse en su «villa», pero previamente hizo circular la voz de que se iba al extranjero. Era su costumbre. Fué asesinado en la noche del sábado al domingo, en las proximidades de su «villa», y ¿quién sabe si en su «villa» misma? El lunes por la mañana se descubrió su cadáver en el sitio y estado que sabemos... Necesariamente, el asesino, que habita en Maisons-Laffitte, guardó en su casa el cadáver todo el tiempo que le fué posible, y, en último extremo, no pudiendo hacerlo desaparecer de otra manera, lo sacó al parque.

*Buif* quiso aportar una colaboración activa al trabajo de deducciones de Lafrita.

—Si yo me encuentro en su caso, hubiese metido al interfecto en un baúl y lo habría expedido al



rey de Siam o al emperador del Japón en porte debido.

—Es un procedimiento que no le dió resultado al asesino del procurador Gouffé.

—Pues lo hubiera enterrado en mi bodega, no en la parte donde guardo el vino, sino debajo del montón de carbón.

—El doctor Grippen ya lo hizo así y de nada le sirvió.

—Entonces...

—Bueno, amigo *Buif*, no es lo que el asesino hubiera podido hacer lo que nos interesa. Se trata de saber lo que ha hecho, y qué cabos ha dejado sueltos que nos permitan descubrirle... Yo decía que habita seguramente en Maisons-Laffitte; añado que conocía muy bien al conde Lardillon de Lestrivière y que tenía un interés enorme en que la identidad de la víctima no fuera descubierta *inmediatamente*... Todavía no puedo saber la razón de este interés.

—¿Cómo que no?

—Claro. ¿Para qué despedazarlo?

—¡Ah, ya! Si le hubiera dado igual que reconocieran o no al conde Lardillon, no tenía que suspenderlo intacto del árbol, o bien dejarlo por tierra. Despedazarlo era un trabajo inútil, sucio y repugnante. Yo ya sé lo que es, aunque en mi vida sólo he despedazado conejos, antes de hacerlos salteados con cebolla... Bueno, ya hemos encontrado una cosa interesante: que el asesino esperaba

que el conde Lardillon no sería nunca identificado.

—No, no es eso, Bicard... El asesino sabía que, fatalmente, el conde de Lestrivière sería identificado un día u otro; sabía que una personalidad tan importante no desaparece como por encanto, y que se acaba por inquietarse de su prolongada desaparición; pero era necesario para los proyectos del criminal (proyectos que, repito, todavía son un misterio para mí) que no se conociera la verdad hasta pasados cierto número de días. Pues bien, el engaño del conde de Lestrivière haciendo creer en un viaje suyo al extranjero, servía admirablemente este plan y, por otra parte, el descubrimiento del cuerpo mutilado coincidía con la sospechosa desaparición de Simons, tan sospechosa que, para mí, hay en ella algo más que una coincidencia...

—¿Entonces Simons se encontraría mezclado en el «ajo»? Me sorprendería porque precisamente la noche del crimen estuvo conmigo, y estaba demasiado «curda» para hacer daño a nadie, ni siquiera a una mosca. Un niño le hubiera hecho caer a tierra al menor empujón. Es una vergüenza empinar el codo de esa manera, y así se lo hubiera dicho de no encontrarme yo también como una cuba.

—Yo no digo que Simons haya sido culpable, ni siquiera cómplice, aunque encuentro muy sospechosa la historia de los billetes de banco y del duque de Buckingham... Pero ¿no pudo el asesino haber dado el dinero a Simons para hacerle desaparecer por algún tiempo, de manera a dirigir la



justicia tras una pista falsa?... No olvides que esto sólo es una hipótesis...

—¿Quiere que le diga lo que pienso? Pues que se va a calentar el caletre para no llegar a nada. Mejor sería que fuéramos a dar una vuelta por las taquillas. Los caballos salen ya para la última carrera y precisamente tengo una martingala estupenda.

—¿De las que vendías a tus clientes?

—No; ésas eran camelos, como las que todavía doy, como regalo, a los que me compran tabaco... La martingala de ahora es seria... ¡Mire!

Y *Buif* sacó de su bolsillo un ejemplar de *La Suerte;* colocó un dedo, un dedo muy sucio, sobre la lista de los caballos probables que tomaban parte en la carrera y repitió:

—¡Mire!... *Ugenio III,* montado por «Malligni».

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que hay una errata. Han puesto Eugenio, en vez de Ugenio. Es un detalle importante; siempre que hay una errata en *La Suerte,* una letra añadida o suprimida al nombre de un caballo, o una letra al revés, ya es sabido...

—¡Ah!

—Son signos convenidos entre los iniciados; es una manera de indicar los ganadores. Las demás martingalas son para los *primos.* ¡Menudo premio pagará Magallini!... Quiero que juegue usted cinco francos.

Lafrita se echó a reir.

—¿Ah? ¿Es porque está sin blanca?—dijo *Buif* generosamente—. No importa. Sería yo un ingrato si no le prestara esos cinco francos.

—Pero...

—¿No somos asociados? ¿Voy a regatear cinco francos a un compañero que me ofrece partir 20.000 conmigo?

—Es que...

—Nada, nada; tomo para usted un *ticket* al 7 ganador.

Lafrita, aunque muy cohibido, vió que de no aceptar ofendería a *Buif* y demostraría por las martingalas una desconfianza injustificable. Sin embargo, le molestaba la idea de aumentar en cinco francos más su pasivo, cuando su balance se presentaba ya de una manera nada brillante.

*Buif* comprendió que estaban de acuerdo. Confió a un vendedor de coco su estanco ambulante y se dirigió a las barraquitas donde están instaladas las taquillas, que constituyen un motivo de sorpresa y admiración para el comercio parisién, pues sin gastos de publicidad, sin lujosa instalación y sin vana obsequiosidad por parte de los empleados, saben atraer y conservar una antigua y fiel clientela.

*Buif*, antes de presentarse en la taquilla de cinco francos, dirigió, como de costumbre, una mirada a la de cien, pues le gustaba documentarse así sobre el premio probable.

—¡Caramba, caramba!—dijo a Lafrita—. ¡No han descubierto el 7! ¡Pagará lo menos 150 francos!...



Todos toman el 3, como si fuera una cosa entendida. ¡Adelante los primos! Me río yo de lo que vais a cobrar... ¡Mire ese tipo con anteojos: 10, 20, 30 *tickets* del 3...! No se anda con melindres... ¡3.000 francos se juega al 3! Y otro tanto colocado. ¡En total 6.000 francos!

Aquel importante jugador, guardando los *tickets* en su cartera, pasó junto a Bicard y el periodista.

Bicard agarró a éste por un brazo.

—¿Estoy soñando? ¡Pero si no es posible!

Lafrita, sorprendido, se quedó con la boca abierta.

—¡Si no es posible que sea él! — acabó por decir—. Pero quiero saber a qué atenerme, porque sería muy divertido cogerlo jugando a las carreras a él, el hombre de hielo, el defensor de la virtud...

Y echó a correr persiguiendo al jugador.

—¡Doctor! ¡Eh, doctor!

Más tarde aseguró *Buif* que aquel hombre hizo un movimiento instintivo para volverse; pero este movimiento debió ser imperceptible, porque escapó por completo a Lafrita, quien, sin embargo, tenía buena vista. Además, nada hubiera probado el que se volviera. Si un individuo se pone a gritar «¡Martínez!» en medio de una multitud hará que vuelvan la cara lo menos veinte personas que ni remotamente se llaman Martínez.

Entonces se dirigió *Buif* resueltamente; pasó al interpelado, se plantó delante de él, y saludándole ceremoniosamente, le espetó:

—¡Salud, señor Boudon! ¿De modo que también en las carreras de Auteuil?

Esta ingeniosa pregunta tuvo por resultado solventar todas las dudas. El caballero miró a *Buif* de arriba abajo, luego de abajo arriba, y le dijo:

—Se equivoca usted, amigo mío. Me toma usted por otra persona.

—¡Hum!...—contestó *Buif*, perplejo—. ¿Está usted completamente seguro de no ser el doctor Boudon, de Maisons-Laffitte?

—Muy seguro, mi buen amigo—dijo el caballero riendo.

*Buif* se disculpó y volvió o reunirse con Lafrita.

—¿Qué?

—Pues que hay parecidos increíbles; yo hubiera apostado mi cabeza contra otra de ternera a que era el viejo Boudon. Y no es, no hay duda... La prueba es que lo ha tomado a risa, y a Boudon no le he visto jamás ni sonreir siquiera.

—Yo—dijo Lafrita—no lo hubiera jurado, pues sólo he visto al doctor una vez; pero me ha parecido que era él.

—¡Qué lástima! ¡Cómo le hubiera tomado el pelo! Un tipo que siempre está censurando a las personas que van a las carreras, a las que beben, a las que no son de mármol ante... ¡Pero si van a salir los caballos! Voy corriendo a tomar los *tickets* de *Ugenio III*.

Ya era hora. En el momento en que *Buif* pedía: «¡dos al 7 ganador!», sonó la campana de salida.



*Buif* fué, no obstante, servido por el empleado, porque los empleados tenían un miedo atroz a *Buif*, siempre dispuesto a interpelarles con un vocabulario en el que figuraban los nombres de los animales más bajos de la creación.

—Esto marcha—dijo *Buif* a Lafrita cuando los caballos pasaron delante de ellos—. *Ugenio* sabe lo que hace. Prefiero que ahora vaya el último a que se canse al principio. ¡Ahora verá cómo pasa a la segunda vuelta!

—¡*Ugenio* se ha caído!

—¡Bocaza! ¡Cállate! ¡Ni siquiera sirves para recoger su estiércol!

Cuando los caballos pasaron de nuevo, el favorito llevaba una gran ventaja, y *Eugenio III* iba el último.

*Buif* juzgó que el *jockey* de su caballo tenía necesidad de que le alentaran.

—¡Duro, Malligni!

Los seis competidores de *Eugenio III* alcanzaron la última revuelta sin que su orden se modificara y saltaron en fila india los últimos grandes obstáculos, y Malligni, al ver esto, siguiendo la promesa que hizo un día cierto supersticioso (promesa según la cual se comprometía a no seguir nunca el camino por el que todo el mundo pasa), se metió resueltamente por la pista de setos.

—¡Vaya por Dios!—dijo Lafrita—. *Eugenio III* se ha salido... El resultado es el mismo para nosotros, porque iba muy atrás...

—¿Cómo que iba el último? ¡Si estaba a punto de pasarlos a todos! ¡Si era seguro que ganaba!

El caso es que el 3 fué anunciado como ganador y como colocados el 2 y el 9.

—El que gana fuerte es el falso Boudon. Nosotros podemos despedirnos.

Pero cuando se disponía a romper los *tickets*, un rumor subió de la multitud. Acababan de quitar el anuncio de los tres primeros caballos y el 7 aparecía como ganador.

—¡Esta sí que es buena!—exclamó *Buif*—. Fíjese que los otros caballos no entran en el peso... Vuelven para repetir la carrera.

En efecto, los competidores de *Eugenio III*, con objeto de disputarse los puestos, habían vuelto a ocupar sus puestos en la verdadera pista, pues sólo Malligni no se había equivocado de recorrido y era él quien ganaba.

Bicard y Lafrita cobraron cada uno 183,50 francos.

*Buif* estaba radiante.

—¿No se lo decía yo? Cuando hay un signo en *La Suerte*, hay que apostar. Yo estoy en el secreto. Le he hecho ganar a usted... ya veremos si usted consigue el premio de 20.000 francos.

Cuando los dos amigos salían del hipódromo, un vendedor gritaba el periódico *La Noche*.

—¡Comprad *La Noche!* ¡Viene interesante!

—Voy a comprarla para ver qué caballos corren mañana en Saint-Cloud—dijo *Buif*.



Fatalmente, *Buif* no podía estar tranquilo hasta no perder los 183,50 francos ganados y algo más. Las Apuestas Mutuas no dan jamás dinero a sus fieles clientes: se les presta sólo, a corto plazo y fuertes intereses.

*Buif* buscó en *La Noche* la cuarta plana, la única interesante para él, porque es en la que figuran los deportes hípicos; pero la cabecera del periódico atrajo su atención. Leyó entonces la última hora y lanzó un grito:

—¡Al agua los 20.000 francos!

—¿Por qué?

—Porque el juez de instrucción ha encontrado él solo al asesino.

—¡Imposible!

—Incluso está a la sombra desde esta mañana.

—¿Y cuál es su nombre?

—Simplemente, el entrenador Hexam.

—¿Ha confesado?

—La ha emprendido a puñetazos con los gendarmes y con el abogado de oficio que le han nombrado. Está furioso. Mejor haría tomándolo en broma, como yo; pero esos ingleses no saben aprovechar las ocasiones de divertirse.

Lafrita miró sorprendido *Buif*.

—Pero tú hablas como si no lo creyeras culpable.

—¡Culpable! Un tipo que había tenido la suerte de encontrar un *primo* como el conde Lardillon de Lestrivière, que le pagaba 30.000 francos por año

por que le envenenara los caballos, ¿cree usted que ha sido lo bastante tonto para cortarlo en pedazos? Además sabía muy bien que nunca encontraría un propietario como ése. Hay que ser infeliz como un juez de instrucción para inventar cosas semejantes.

—Sin embargo, el juez debe tener buenas razones para decidirse a detener a Hexam.

—Cosas de mujeres. Hexam está en la cárcel porque es cornudo, sencillamente... Y conste que si lo digo no es por defenderle. Si yo fuera juez, lo condenaría con los ojos cerrados.

—Entonces, ¿por qué dices que es inocente?

—¿Y todos los caballos que ha echado a perder desde que es entrenador? ¿Cree usted que eso no merece la guillotina?

## CAPÍTULO IV

### LOS DESCUBRIMIENTOS DEL SEÑOR CHENNEVERT

Como prueba de imparcialidad, debemos seguir paralelamente la investigación llevada a cabo de una manera un tanto caprichosa por nuestro amigo Lafrita y, al mismo tiempo, las diligencias dirigidas según los métodos más estrictos y más regularmente jurídicos por el honorable señor Chennevert, juez de instrucción de Versalles... diligencias que, llevadas de una manera notable, acababan de dar por resultado la detención del entrenador Hexam.

Dejamos al señor Chennevert en el momento en que, persuadido de la culpabilidad de Bicard y teniéndolo a buen recaudo en su calabozo, intentaba inútilmente hacer confesar al Rey de las Martingalas.

La detención de Bicard sólo duró tres días; pero el señor Chennevert confesó más adelante a algunos amigos que de continuar quince días en con-